

LANZAR UNA CUERDA

Lichi Garland*

Me desperté con el bullicio de las aves. ¿Qué estaba pasando? Desde la ventana de mi habitación alcancé a ver una bandada de plumas negras que partía quién sabe adónde. La especie debía poner una cuota importante al volumen del concierto porque el griterío disminuyó. ¿Habría imaginado el nivel sonoro de la pajarada? Por las dudas busqué información en Internet. Según un especialista en acústica del Museo Nacional de Historia Natural de París, los apareamientos multiplicaban los trinos, pero los pájaros enmudecían al detectar ruido. Ahora que las calles estaban desiertas, cantaban a todo pulmón. El experto sugería abrir las ventanas y contemplar lo que nos sorprendía.

Confirmada mi percepción, me interesé en un Podcast español de ciencia y tecnología centrado en la crisis actual. En medio del dolor y las muertes provocadas por el Coronavirus, escuché decir al conductor, "estamos siendo testigos de un reseteo del planeta". Avalaba su comentario con historias que provocaban un particular asombro. La ausencia de nubes en el norte de la India permitía avistar el Himalaya a cien kilómetros de distancia. Aprovechando la ausencia de humanos, animales salvajes invadían ciudades europeas. ¡Jabalíes en Barcelona! ¡Cebras en París! ¡Patos en las fuentes italianas!

Hablando del Perú, las aves habían convertido la Costa Verde en una Reserva Natural. Los delfines saltaban cerca de la orilla. Claro que como a tanta gente alrededor del mundo, la cuarentena nos impedía evaluar lo que ocurría mas allá de nuestros hogares, los medios o las redes sociales. Viviendo en San Isidro, lejos del mar y sin poder caminar por «El Olivar», el bosque declarado Monumento

* Psicóloga y Magister en Estudios Teóricos en Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Bachiller en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Lima. Master en Periodismo y Comunicación Digital por la Universitat Autònoma de Barcelona y la Universidad Carlos III de Madrid. Autora de *Primeros Pasos: el ballet y la danza moderna en el Perú* y *Lo que me trajo la noche*.
<lichibonheur@gmail.com>

Nacional hace más de cincuenta años, me entretenía observando el vaivén de las ramas de los olivos mecidos por el viento. Ardillas que corrían a través del cable de la compañía telefónica. Aves ocultándose en el tronco de un Jacarandá.

Todo igual, todo cambiado

Los días empezaban a parecerse entre sí, pero aunque no distinguiéramos matices todo era distinto. Nuestro cielo panza de burro inauguraba naranjas, morados y hasta ráfagas de verde. Las calles lucían desiertas. Los servicios habían parado, mi camioneta quedó atrapada en el taller automotriz. Cerraron fábricas y restaurantes. Cancelados los vuelos comerciales, solo se permitía los que traían carga o repatriaban ciudadanos varados en el exterior.

Para darme una mejor idea de lo que estaba pasando, quise releer «El Decamerón» de Boccaccio, una colección de historias que tiene como marco la plaga del siglo XIV en Florencia, pero al entrar a mi biblioteca, sin saber exactamente por qué, empecé a hojear «Una vida muy privada» de Michael Frayn.

El argumento me vino pronto a la cabeza. La pequeña Uncumber y su hermano menor vivían con sus padres reclusos en medio del bosque. No necesitaban salir de casa porque todo, desde alimentos hasta medicinas, les llegaba a través de tubos. Los habitantes del exterior, en cambio, soportaban las inclemencias del clima, enfermedades y demás vicisitudes de la naturaleza. Los sobrecargaba su vivir agitado. Un día Uncumber quiso saber por qué había gente distinta. «Así es la vida, unos están dentro y otros fuera»¹, la respuesta de su padre la dejó insatisfecha. Esperó descubrir la puerta secreta que daba al exterior para escapar.

Vaya, de manera inconsciente me acerqué al futuro de la pequeña Uncumber, pensé, porque, ¿no era acaso la Lima del 2020? Una ciudad en la que solo una parte de la población permanecía en sus casas con teléfonos inteligentes, pantallas de TV y computadoras que nos conectaban al mundo vía Internet. Algunos recibían su sueldo sin trabajar, otros laboraban virtualmente y los independientes recurrían a sus tarjetas de crédito porque no generaban ingresos. Era una situación inédita. Ya pagarían su deuda. Estaban también los que disponían de rentas que los libraban de preocupaciones económicas. Por último, los miembros de directorios de empresas con grandes recursos financieros.

1. Frayn, Michael (1972). *Una vida muy privada*. Biblioteca Breve de Bolsillo. Libros de Enlace, Barcelona.

Un portador de instrucciones

El COVID-19 nos afectaba a todos, pero asegurar que era democrático resultaba una distorsión de la palabra. Un abismo se abría entre lo que vivíamos unos pocos y aquellos identificados en el mapa de pobreza del país. Si algo compartíamos era una trama que parecía salida de la ciencia ficción. Mis razonamientos volvían al género de la novela de Frayn. Un portador de instrucciones genéticas, es decir una proteína que no era un ente vivo, necesitaba las células humanas para reproducirse. Cumplía su objetivo al entrar a nuestro interior por los orificios más sensibles del rostro: nariz, ojos o boca y al hacerlo enfermaba a su anfitrión. El infectado tosía, le daba fiebre, tenía dolor de cabeza y respiraba con dificultad. Perdía también el gusto y el olfato.

Resultaba desconcertante que las gotas de saliva de alguien con Coronavirus, aún sin síntomas, contagiaran al prójimo de la manera en que lo hacían. Acaso ésta era la razón de hablar de igualdad, pues daba lo mismo que el fluido proviniera del señor o señora fulanos de tal, o del vendedor o vendedora de frutas más humildes de la sierra del país. Otra vía de contagio era tocar una superficie contaminada y llevarse las manos a la cara.

La edad constituía un factor de riesgo. Igualmente las enfermedades pre-existentes: hipertensión, obesidad, asma, problemas circulatorios. Cada sistema inmunitario luchaba como podía para librarse del invisible asesino. No quedaba más que hacer un alto en la vida social hasta que apareciera la vacuna. Y, en el entre tanto, movilizarse lo menos posible y con mascarilla, a bancos y supermercados.

Agua bendita

La desigualdad de la sociedad de la que formábamos parte era por sí misma el principal lastre. A lo largo de la cuarentena, los trabajadores informales habían dejado de verse como los emprendedores que triunfaban evadiendo las exigencias impositivas del Estado. Por si alguien lo había pasado por alto, los representantes del capitalismo popular vivían en condiciones de salubridad inadecuada, se alimentaban de manera deficiente y corrían el riesgo de contraer el COVID-19 transportándose en combis donde reinaba la aglomeración. Acababa de ver una foto que retrataba a tres pobladores de la periferia de Lima transportando sus tinajas. Las había cargado un camión cisterna y ellos las movilizaban como si fuera agua bendita. Era el elemento vital para practicar el lavado de manos. La clase D no disponía de agua potable y mantenía a sus familias con dinero que ganaba a diario. Un cuarenta por ciento de hogares no contaba con refrigeradora. Sin dejar de mencionar que su falta de bienestar se reflejaba en problemas de

salud mental, escaso tiempo para atender a los hijos y la facilidad con la que se dejaban llevar por la violencia doméstica.

El jabón y la espuma

Curioseando sobre el protagonismo del jabón detergente, di con la explicación que buscaba. El Coronavirus no penetraba la piel del ser humano, pero podía quedarse en su epidermis. El modo de librarse era jabonarse porque la espuma rompía la cápsula de grasa que lo envolvía, destruyéndolo. El alcohol disolvía igualmente la mencionada cápsula.

Pensé en una mano levantada empuñando un jabón a la manera de un arma potente. No era el tipo de imagen que había circulado. Las instrucciones de lavarse las manos durante veinte segundos, usar mascarilla y mantener dos metros de distancia social, se habían dado a través del discurso televisivo. Podía suponerse que apostando a mantener artificiosamente unida a la nación con la amalgama del patriotismo.

A falta de imaginación, olfato o flexibilidad, las altas esferas del gobierno pasaban por alto las emociones de los pobladores más golpeados por la crisis. La ira, el miedo y la sorpresa hacían que éstos se mantuvieran sordos a cualquier comunicación. Por contradictorio que parezca, incluso a una advertencia para protegerse. «El Perú no es un país, sino varios conviviendo en la desconfianza e ignorancia recíprocas», decía Vargas Llosa hace varias décadas.

A un costo que seguimos pagando, el Coronavirus ha reseteado la naturaleza. ¿Qué le toca a la humanidad? Introducir cambios razonados en la manera de habitar el planeta.

¿Y al país? Podríamos sacar a la creatividad del pozo. Lanzarle una cuerda diciendo basta. ¿Por qué no? Hace un tiempo hubiera sido imposible creer que nos las arreglaríamos con una vida cotidiana como la actual.